

INFANCIA Y COMUNICACIÓN. TAREAS URGENTES, RETOS PENDIENTES

José A. Ruiz San Román

Esta apretada reflexión pretende ser un texto que constata la relevancia social de la investigación en infancia y comunicación. Y quiere hacerlo de un modo sencillo, claro y con la pretensión de que pueda ser asumido por toda la comunidad investigadora. La relevancia de un objeto de investigación puede ser cuestionada y, con frecuencia lo es, de muy variadas formas. Una de ellas es señalar que lo que se estudia es irrelevante, esto es, que el objeto de estudio no merece particular consideración por parte de la comunidad investigadora porque carece de importancia o significación. Lo que ahora pretendo es mostrar que con la investigación que vincula infancia y comunicación ha pasado exactamente lo contrario: todos percibimos su importancia y significación social

La investigación sobre infancia y comunicación nos plantea en estos momentos una variedad de temas que la convierten en clave para conocer la particular sensibilidad de la comunidad investigadora hacia algunos temas. Cuando en el año 2008 publiqué “Niños y pantallas. Oportunidades y retos de una relación en transformación” (Ruiz San Román, 2008) quise subrayar aspectos de la investigación que resultaban decisivos. Muchos de aquellos planteamientos siguen vigentes. Otros deben ser revisados

En esta ocasión no pretendo ser exhaustivo y dejaré algunos aspectos de fuera de la reflexión. Pero ciertamente sí pretendo que lo que diga en esta ocasión subraye adecua-

damente el núcleo de mi reflexión: la enorme relevancia de la investigación en infancia y comunicación que se está desarrollando en estos momentos.

Una aclaración más: mis subrayados se hacen desde la perspectiva de quien trabaja desde la Comunicación y no desde la Educación. La investigación que se realiza desde las especialidades vinculadas a la investigación en Educación y que tratan sobre aspectos comunicativos son amplias, interesantes y en numerosas ocasiones de notable rigor. Algunas de ellas podrán verse reflejadas en este texto, pero no son el objeto principal de lo que aquí me ocupo. Se trata más bien de argumentar desde la importancia de la investigación comunicativa.

Supongo que desde esta perspectiva no resulta lo más adecuado referirse a la participación social en un texto sobre los retos de la investigación en infancia y comunicación. Y comparto que la cuestión genere desconcierto. Sin embargo, considero que uno de los temas más relevantes y de mayor repercusión social en este momento son los fenómenos de participación social de los jóvenes y el muy importante papel que la comunicación juega en el proceso. La muy citada cuestión de la brecha digital es cada vez menos una brecha entre ricos y pobres y cada vez más una brecha entre jóvenes y mayores. En consecuencia, es una cuestión que merece la investigación por parte de los que estudian la comunicación entre jóvenes. Autores interesantes, ciertamente



profundos, que se han ocupado de estudiar movimientos sociales recientes no han subrayado hasta qué punto ha sido decisivo que la capacidad de comunicación instantánea haya estado diseñada y utilizada por los más jóvenes (cfr. Castells, 2012).

No pienso que se trate de algo coyuntural y que, dentro de unos años, la capacidad tecnológica de los que ahora son jóvenes y dentro de unos años serán mayores, uniformará a toda a la sociedad en los mismos conocimientos sobre tecnologías de la comunicación cuando los jóvenes de ahora lleguen a ser ancianos. No parece que vaya a ser así. Y para cuando esta generación de jóvenes tenga una edad avanzada existirá una tecnología emergente que, una vez más, solo controlarán los jóvenes y se mantendrá la brecha decisiva de la edad. En adelante, en la medida en que las dinámicas sociales estarán marcadas por mediaciones tecnológicas complejas pero asequibles, las mismas serán protagonizadas por jóvenes.

Pero no todo uso tecnológico de las redes sociales será un uso transformador, ni siquiera mínimamente activo. Hasta donde llega nuestra actual capacidad de análisis y, aunque con cierta frecuencia se diga que las nuevas tecnologías propician la posibilidad de ser más activos, y ciertamente es así, la inmensa mayoría de los jóvenes, la inmensa mayoría de las veces, hace un consumo pasivo de los contenidos comunicativos. (cfr. Cáceres et al., 2011). De modo que debe estudiarse la capacidad y novedad de nuevos modos de participar. Pero sin olvidar la persistencia de los viejos hábitos de consumo pasivo. Esto nos evitará caer en el error en el que cayeron algunos de los que nos precedieron cuando pregonaron, por ejemplo, que la televisión acabaría con la radio. Cosa que, como es evidente, no ha ocurrido.

Es deseable que la investigación sobre los llamados prosumers, consumidores activos que aportan contenido, no sea una investigación acrítica en la que la mera posibilidad de aportar asuma que todos aportan o, lo que sería peor, que son capaces de aportar pero no desean hacerlo. Estaríamos ante algo semejante a lo que uno de los más reconocidos sociólogos contemporáneos señala como una de las claves de la desigualdad contemporánea: lo interesante no es que haya diferencias entre los de arriba, los de abajo y las más o menos extensas clases medias, lo llamativo es que hay un grupo situado muy arriba y muy lejos de ellos está todo el resto. Los pasivos digitales son una gran mayoría. Los activos, una minoría muy alejada en recursos, capacidades e iniciativas, de todos los demás. (cfr. Bauman, 2014:17).

Un problema muy estudiado que aparece de modo recurrente con nuevas formas o generando nuevas alarmas es la cuestión de la violencia y la comunicación. Hace más de diez años se publicó un muy recomendable esfuerzo de síntesis, titulado “La influencia de la violencia de los medios de comunicación en los jóvenes” (Anderson et al. 2003) que, en muchos aspectos, sigue siendo fundamental como esfuerzo por esbozar las grandes líneas de investigación del problema y sus principales hallazgos. Lógicamente, deberá completarse con el creciente número de investigaciones que consideran la importancia de los nuevos medios. Y así se viene haciendo. Han aparecido publicaciones científicas centradas únicamente en estos aspectos, y en muy poco tiempo han sido consideradas entre las más influyentes del mundo.

El consumo abusivo de alcohol, el tabaquismo, la drogodependencia y los problemas relacionados son una prioridad de las

políticas sociales en casi todo el planeta. Sin embargo, el problema no disminuye. Una importante línea de trabajo para intentar modificar la tendencia han sido las campañas de comunicación contra las drogas basadas en mensajes destinados a los jóvenes. Las campañas de comunicación no han sido siempre todo lo eficaces que hubiéramos deseado. Y en ocasiones, pretendiendo ser persuasivos, han resultado tener efectos contrarios a los deseados. De ahí que otro de los temas que considero clave para el presente y el futuro de la investigación en infancia y comunicación es la colaboración entre especialistas en comunicación y psicología social en el campo de la persuasión.

También resulta relevante seguir trabajando en la prevención de comportamientos intimidatorios en las aulas o fuera de ellas y de toda suerte de comportamientos abusivos, incluidos los que suponen delitos sexuales en los que están implicados jóvenes. Es un campo de enorme complejidad y la investigación en comunicación también debe implicarse más de lo que lo está haciendo. No se trata sólo de detectar redes de pederastia en Internet, sino de cuestiones tan variadas como la adecuada gestión de la propia intimidad o el derecho al olvido. Por tanto, el juego de equilibrios entre información e intimidad, que durante mucho tiempo parecía cosa de adultos, se ha vuelto de modo muy decisivo cuestión relevante para la investigación en infancia y comunicación.

El problema de la violencia en la escuela debe ser abordado como una gran epidemia que empieza que afecta a miles de estudiantes y un número creciente de centros escolares. Debe ser atacado desde sus orígenes con una educación por la paz que llegue a las raíces antropológicas y debe hacernos tomar conciencia de una cierta incapacidad de adap-

tarnos a los nuevos entornos comunicativos de modo aceptable.

Un reto interesante es el de las adicciones en todas sus manifestaciones. A los investigadores en infancia y comunicación les está interesando fenómenos como la adicción a Internet o a los videojuegos e incluso a la pornografía o los juegos de azar. El mundo de las adicciones y su prevención ha dejado de ser una materia únicamente médica e interpela también a los creadores, distribuidores, etc.

Uno de los aspectos más llamativos es que los videojuegos se están convirtiendo en un modo eminente de contar historias. No se trata de sostener que las narraciones audiovisuales clásicas en formato película o en series por capítulos vayan a desaparecer... Se trata de subrayar, comprender, analizar, desarrollar y encontrar nuevas líneas en el emergente modo interactivo y participativo de disfrutar y contar historias que permiten los videojuegos.

El concepto de pares, amigos o comunidades se ha transformado de tal manera que los jóvenes consideran tanto o más amigos a otros jóvenes con los que están vinculados mediante lazos que hace muy pocos años resultarían impensables: viven lejos y apenas conocen de ellos un apodo y unas pocas características, pero los consideran parte de su "entorno de amistad". El estudio de estas comunidades emergentes es decisivo para entender las peculiaridades contemporáneas de los procesos de socialización.

Considero que uno de los grandes retos de la investigación en infancia y comunicación es el entretenimiento de calidad. Es decir, a nuestros colegas del sector educativo les preocupa mucho el uso de los recursos educativos para educar. A nosotros, investigadores en comunicación, nos debe ocupar el mundo del entretenimiento



para descifrar parámetros de calidad. Y esto no es fácil cuando el entorno es cambiante y el consumo es masivo.

Finalmente, hay dos líneas de políticas sociales que considero muy relevantes para encauzar la aplicación de la investigación o para señalar sus objetivos. En primer lugar los esfuerzos por crear ámbitos de empoderamiento social y económico y, en segundo lugar, todo lo que se ha dado en llamar la alfabetización mediática y digital.

No he pretendido abarcar todas las cuestiones relevantes. Pero sí subrayar algunas que considera la comunidad científica como ineludibles y que marcarán buena parte del futuro de nuestra comunidad investigadora.

REFERENCIAS

- Anderson, C; Berkowitz, L.; Donnerstein, E; Huessmann, L.R.; Johnson, J.; Linz, D.; Malamuth, N.; y Wartella, E. (2003) "The Influence of Media Violence on Youth" en *Psychological Science in The Public Interest*, vol 4, nº 3, págs. 81-110
- Bauman, Z. (2014). *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?* Barcelona, Paidós.
- Cáceres Zapatero, M.D.; Ruiz San Román, J.A.; y Brändle, Gaspar (2011). "El uso de la televisión en un contexto multipantallas: viejas prácticas en nuevos medios" en *Análisi: Quaderns de Comunicació y Cultura*, 43, págs. 21-44
- Castells, M (2012). *Redes de indignación y esperanza*, Madrid, Alianza.
- Ruiz San Román, J. A. (2008). "Niños y pantallas. Oportunidades y retos de una relación en transformación" en *Mediterráneo Económico*, 14, págs. 351-366